

La Ilustración de la Infancia



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

NICOLÁS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

ANTONIO PEREZ

Entre los notables escritores en prosa que cuenta nuestra patria, tan rica en literatura, encuéntrase en buen lugar Antonio Perez. De muy distinta manera se aprecian las vicisitudes de su azarosa vida, y por juzgarla más imparcialmente, en nuestra opinion, transcribimos casi íntegro el juicio que mereció del eminente autor D. Antonio Gil de Zárate:—«El secretario de Felipe II, Antonio Perez, célebre sobre todo por lo asombroso de su varia fortuna, así en la íntima privanza que logró de un monarca tan reservado y



Antonio Perez.

prudente, como en su lastimosa caída. Aquí no nos toca juzgar de su vida política, debiéndole sólo considerar literariamente; y por lo tanto, sólo diremos de aquella que natural de Madrid é hijo de Gonzalo Perez, secretario de Estado que fué del emperador Carlos V, dió desde muy joven á conocer su gran talento y sus felices disposiciones para los asuntos de gobierno. Después de haber estudiado en Alcalá, Pádua y Salamanca, fué nombrado secretario de Cámara del Consejo de Italia, hasta que por la gran fama de su saber y particular afecto que le cobró, le eligió Felipe II en 1570

para su secretario de Estado, en cuyo puesto, siendo todavía muy joven, hizo importantes servicios, y tal confianza inspiró á su soberano, que durante diez años descargó aquel monarca en él todo el peso del gobierno.

El asesinato de Escobedo fué origen de sus desgracias, pues de sus resultas fué preso; y si bien al principio no era rigurosa su detencion, fué agravándose diariamente durante once años, hasta dársele tormento y pronunciar contra él sentencia de muerte. En tal extremo, su esposa Doña Juana Coello dispuso y logró su fuga en la noche del 18 de Marzo de 1590; y habiendo llegado á Aragon, se le volvió á prender en Zaragoza por el tribunal de la Inquisicion; pero aquella capital se alzó en su favor, conmoviéndose todo el pais, y fué preciso que el rey mandase un ejército poderoso para sujetarlo. Viendo Perez que la causa de Aragon estaba perdida, y que no habia ya refugio para él en España, fugóse á Francia, donde logró la más favorable acogida de su monarca Enrique IV, quien le señaló una pension, aunque no quiso nunca aceptar los cargos que le ofreció varias veces, por no decaer en el concepto de sus compatriotas. Murió el año de 1611 en Paris, donde yace sepultado en el convento Real que fué de Celestinos.

La vida literaria de este célebre personaje empieza despues de su fuga á Francia, donde publicó varios escritos políticos y una coleccion de cartas, producto de la extensa correspondencia que tuvo con los hombres más célebres de su tiempo. Sus escritos políticos son las *Relaciones* de su vida, en que habla de sus favores, de su caída, de sus prisiones y desgracias, y los *Comentarios* sobre este mismo libro. Anunció, aunque no se sabe si llegó á escribirla, otra obra titulada *Consejos de Estado*, que hubiera sido sin duda alguna la más importante de las suyas, pues debia tratar en ella de los negocios más árdulos de gobierno; por desgracia, no la publicó; una manuscrita que se le atribuye no puede ser suya, por indigna de tan grande hombre de Estado. Autor, despues de tantas desgracias, y tratando en sus escritos de ellas, Antonio Perez ha debido pintar con energía, verdad y viveza; y así ha sucedido, no ganándole nadie en estas dotes. No obstante, degenera á veces en

oscuro y afectado, y sus *Relaciones*, sobre todo, están recargadas de erudicion y de citas marginales, vicio, á la verdad, comun á casi todos los escritores de su tiempo. Donde más brilla es en sus cartas, y en ellas, como es de suponer, se trata mejor á sí mismo; pues aunque se conoce que no dejaba de esmerarse al escribirlas, siempre ofrecen más naturalidad y franqueza. Si bien no exentas de defectos, son uno de los mejores modelos que de este género tenemos en castellano. Ostentando elegancia, gallardía en el decir, energía en las ideas, calor en los sentimientos, se acomoda su estilo á los asuntos de que tratan y á las personas á quienes se dirigen. Cortesano con los demás, afectuoso con sus amigos, tierno con su esposa é hijos, reverente sin bajeza con los reyes, es además Antonio Perez patético cuando habla de sus desgracias: hay tambien en su estilo gracia y donaire; y aunque se suele mostrar duro y lacónico en demasía, nunca lleva la seriedad hasta olvidar del todo el chiste que sienta tan bien á esta clase de escritos.»

FÍSICA ⁽¹⁾

El hilo llamado de oro es generalmente de plata, cubierto de aquel metal; pues bien, en un pié castellano de este hilo existe próximamente una *seismilésima* parte de un grano de oro, y por consiguiente, en una pulgada, una setenta y dos milésima de grano. Por medio del laminador se extraen hojas tan delgadas de dicho precioso metal, que del grueso de una pulgada salen 360.000 hojas.

Las partes de que se componen los cuerpos, que hemos dicho ya hasta qué punto son divisibles, se llaman *moléculas*, y las excesivamente pequeñas *átomos*. Los que tienen sus moléculas y átomos iguales ú homogéneos se llaman *simples*, y *compuestos* los que tienen *átomos* diferentes.

De la atraccion ó repulsion que las moléculas tienen entre sí puede ser un mismo cuerpo *sólido*, *líquido* ó *gaseoso*. Es sólido el cuerpo que tiene una forma y presenta cierta resistencia al tacto; líquido, cuando no tiene forma propia, pues toma la del vaso que lo contiene, y es ménos resistente al tacto, y gaseoso cuando no ofrece resisten-

(1) Véase la pág. 379.

cia alguna al tacto en un estado de reposo.

En un cuerpo sólido, la *atraccion*, ó sea la fuerza por la que las moléculas se juntan, es mayor que la de *repulsion*, que las separa, y por consiguiente, pudiéramos decir con una frase vulgar que están más apretadas: en uno líquido la atraccion y repulsion son iguales en fuerza, y en los gaseosos la última es mayor que la primera.

En un cuerpo sólido podemos observar varias clases de atraccion entre sus moléculas, y segun ellas tiene las propiedades de ser *duro*, *blando*, *frágil* y *quebradizo*.

Es duro el cuerpo que puede *rayarse* con suma dificultad, por ejemplo: el *diamante*, que no le raya ningun cuerpo conocido, y para labrarle se tiene que hacer con polvo del mismo.

El yeso es *blando* porque cualquier cuerpo lo raya con facilidad.

Es un cuerpo *frágil* como el cristal, aunque no se raya con facilidad—porque á un golpe no resiste, y en vez de separarse una molécula se deshacen muchas, ó mejor dicho, se desprenden—y es quebradiza la madera de pino, por ejemplo, pues un moderado esfuerzo basta para separar una partícula sin reducirse á polvo las inmediatas.

Se dice que es *maleable* y *dúctil* cuando bajo esfuerzos diferentes es susceptible de estenderse y estirarse, sin que sus moléculas se separen.

(Se continuará.)

DOÑA ROSA

Lo que os voy á referir, niños, no es un cuento; es una historia de mi niñez, y por lo tanto, no tiene nada de moderna.

La salud de mi mamá era tan delicada que yo estaba educada casi únicamente por mi abuela, que vivía en una agradable casa de campo.

Cada año pasaba yo allí dos ó tres meses por lo ménos, y aunque hace ya tanto tiempo, me acuerdo de los menores detalles de aquellas dichosas vacaciones, absolutamente como si hubieran sido ayer.

¡No trabajaba durante aquel tiempo! jugaba todo el día sobre el verde y menudo césped que se estendía delante de las ventanas de la casa de la abuelita. Allí, con ayuda de algunas tablas que con mucho trabajo traía del taller que tenía papá para entre-

tenerse trabajando de carpintería, disponía yo, bajo los tilos, una especie de cercado que llamaba pomposamente mi casa, y en la cual me instalaba con mi batería de cocina y mi muñeca. Entónces era sucesivamente mamá, doncella, cocinera... regañando á *mi niña*, barriendo la habitacion y ensartando frutas de un árbol cercano en un palito, que me servía de *asador*, haciéndolas asarse sobre un... fuego... imaginario, ó bien amasando algunos *pastelitos*... de tierra; cosa exquisita para mi niña, que era ménos delicada que las muñecas que hoy se usan.

Dejo á vuestra consideracion si despues de tan diversas operaciones estarian manchadas mis manos y mi cara, sin olvidar, por supuesto, el traje y el delantal.

Había tambien días en que cogiendo de los cuadros del jardín flores de todos los matices, hacía montoncitos sobre la mesa. Entónces, trasformada en vendedora, despachaba en un *cucurucho* de papel blanco, hecho y deshecho doscientas veces, los pétalos embalsamados de mis montoncitos á las personas que pasaban. Jugaba á «El herbolario.»

Mis precios variaban segun los compradores. El mismo paquete de hojas de rosa ó de flores de jazmin costaba, por ejemplo, cinco besos á la abuelita, diez al abuelo y dos nada más á mi prima Felisa. Porque tenía una prima, ya *grande*, de quince años, que vivía como yo en casa de la abuela, se divertía complaciente con mis juegos, y hacía magníficos trajes á mi muñeca con los pedazos de tela antigua que encontrábamos en el arca de aquella señora. A la hora de merendar me llevaba á un cenador que había detrás de la casa, y sentándose conmigo bajo las hojas de los árboles, me daba un pedazo de pan tierno, ella sacaba otro de su bolsillo, y cogía cantando los hermosos frutos, que con sumo gusto comíamos.

Había además á lo largo de las tapias magníficos melocotones que reservaban para mí sola, y unas uvas tan doradas y dulces que todos los días venían las avispas á disputarme algunos granos.

Muchas veces por la noche, despues de comer, nos íbamos todos á pasear por el bosque que había cerca de la habitacion, y volvíamos con la luz de la luna... pero aunque iba tan arrimada á mi buena abuela,

que casi me ocultaba su falda, *no las tenía todas conmigo*, como suele decirse, pues el grito de los buhos me daba miedo, y tenía por lobos ú otros mónstruos más feroces todos los brezos y matorrales que descubría en la sombra.

Otras veces permanecíamos en casa. Entónces era cuando las noches comenzaban á estar frescas, y se encendía un buen fuego en la gran chimenea del comedor. Me adormecía entónces en los brazos de mi abuela, mientras mi abuelo contaba historias y mi prima preparaba el vaso de leche azucarada, que tomaba todas las noches antes de dormir.

¡Ya veís mi dulce vida! ¡Oh! era una niña bien dichosa, y prefería aquellas temporadas en casa de mi abuela á las que pasaba despues en la corte, á pesar de ser en ella tan querida y cuidada por mamá y papá.

Un domingo, yendo como de costumbre á misa al pueblo inmediato, ví saludar á mi abuela con mucha afabilidad á una señora vieja muy fea y muy ridículamente vestida, lo que me pareció tan raro que no pude contenerme, y se lo dije con grandes carcajadas.

Pero la abuelita, en lugar de acoger lo que la decia con su acostumbrada indulgencia, me respondió con mucha seriedad: «que Doña Rosa era una persona muy respetable de quien nadie debía reirse.»

Continué viéndola, en efecto, el domingo siguiente y otros varios saludar respetuosamente á aquella *antiquísima* señora; y un día que se encontraron, mi abuela la invitó á comer al día siguiente en su quinta, y aceptó.

Figuraos que, hablándome por primera vez, se permitió ya decirme:

—No estás como es debido en misa, niña: cuando se está en la casa del Señor, no se debe mover continuamente la silla ni ser tan irreverente que esté una charlando con las otras muchachas.

Despues, viendo que apenas prestaba atención á sus palabras y me llevaba distraída la mano á la boca, añadió:

—¡Es sumamente tonto *chuparse el dedo* á tu edad!

Nadie me habia dicho nunca otro tanto, y ya comprendereis hasta qué punto me humillaron y enfadaron sus palabras.

En casa de mis abuelos era yo una espe-

cie de ídolo, cuyos menores caprichos eran leyes, y nadie los contradecía ni reprendía jamás. Así que al día siguiente, en cuanto ví al extremo de la calle de los tilos á Doña Rosa, con su gran saco, me fui corriendo al cenador, donde mi prima Felisa me siguió.

(Se continuará.)

LA NUTRIA

Junto á la márgen de un río
bajaban dando un paseo
un labrador y un notario,
aquel jóven y éste viejo.
De repente sus miradas
entre hierba descubrieron
un animal pequenito,
y el viejo dijo al momento:

—¡Ah! ¡canario! ¡es una nutria!
Repuso el otro:—¿Y qué es eso?

—Un animal muy dañino,
un bicharraco perverso,
que por ser dos veces malo,
sabe el pícaro el secreto
de nadar por esas aguas
como correr por el suelo.

Es un enemigo mío,
pues ya sabes me entretengo
en pescar todos los días
con mi caña y mis anzuelos.

—¿Que es enemigo? ¿Y por qué?
—Porque pesca más queresco,
y apenas me deja peces
que quieran morder el cebo.
¡Matémosla!

—Deje usted...

Dá lástima.

—No seas lelo,
que es animal muy dañino.

—¡Caramba, si es tan pequenito!

—Es grande para lo malo.

—¿Y nada puede hacer bueno?

—Nada.

—Pues tengo una idea.

—Buena será.

—Me la llevo.

—¿Estás loco?

—Es un capricho.

—¡Pues que te haga buen provecho!

Separáronse los dos,
cogió la nutria el mancebo,
y no se vieron más juntos
en una porcion de tiempo.

—Hola, señor Cucufate.

—Que Dios te guarde, Modesto.

—¿Pescándo, eh?

—Por no perder
la costumbre, me entretengo.

—Bien hecho; pues también yo vengo á pescar.

—No comprendo cómo te vienes sin caña, ¿ó es con la red?

—¡Nada de eso!

¿Usted no ha visto cazar únicamente con perro?

—Hombre sí.

—Pues vea usted.

De esa manera yo pesco.

¿Se acuerda usted de la nutria?

Pues á fuerza de mi esmero está ya domesticada,

y... mire usted.

Al momento de alzar el viejo los ojos salió del agua trayendo un barbo en la boca.

—¡Cáscaras!

—Ve usted; se lo trae al dueño.

¡Usted que la despreciaba!

—Vaya, y aún la desprecio.

Dios me conserve la caña, que á mis costumbres me atengo.

Dijo, y tirando con ganas, pues sintió algun movimiento en el sedal, recreándose



La nutria.

al ver que notaba peso, sacó... del agua del río... un zapato sucio y viejo.

—
No sólo el sistema antiguo por ser antiguo es el bueno, y no debe despreciarse lo malo, sin el intento de mejorarlo, que á veces al que parece perverso la educación lo hace útil como á la nutria del cuento.

L.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

Mauricio no sabía lo que su madre había dicho, ni aún siquiera se había enterado de que la habían hecho prestar declaración.

Él solo se cuidaba de copiar lo que le mandaban, y no se metía á averiguar más.

Sin embargo, todo el día estuvo preocupado y pensativo, y mucho más al ver la especie de disgusto que notaba en su principal y también en su compañero.

(1) Véase la pág. 392.

Hubo un momento en que se quedó á solas con este último, y entónces se atrevió á preguntar:

—¿Sabes tú por qué el señor de Aguilar me ha hecho estas preguntas?

—No, contestó éste un poco turbado, porque desde luego habia adivinado toda la verdad.

—Ha sido extraño.

—Sí.

—Escuchar nuestra conversacion, fijarse en ella y hacer que yo...

—Tú has obrado muy ligero: debiste reflexionar...

—Es que no lo tomé en sério, que si no...

—Pues por desgracia lo es.

—¡Por desgracia! ¡Oh! Dime la verdad: tú sabes algo, segun eso.

—Yo... no sé si debo... es decir, yo no sé nada.

Mauricio, sériamente alarmado, instó y rogó tanto, que su amigo no pudo resistir; y levantándose de improviso cerró la puerta, y tomando unos papeles del cajon de su principal,

—Toma, le dijo, lee aquí, pero pronto: pudieran sorprendernos.

El jóven repasó con mirada ansiosa aquellos papeles, tropezando en ellos al fin con la firma de su madre.

Aquellos renglones le hicieron comprender que con la suya habia anulado la declaracion de su madre, haciéndola aparecer como falsa, y arrojando la sombra de la duda sobre su anciana y adorada frente.

Mauricio sintió todo el dolor de su falta, pero era muy tarde para remediarla.

Todos sus esfuerzos fueron vanos, y sólo consiguieron agravar la situacion y empeorarla.

Su madre fué vuelta á interrogar, y señalada por casi todos como cómplice ó autora de aquel robo premeditado.

El dolor y la vergüenza de Marta no tuvo límites.

Ella, que en medio de su pobreza se creia feliz porque se encontraba honrada, al ver desplomarse sobre su cabeza aquella deshonrosa acusacion, creyó morir de vergüenza, y derramó lágrimas más amargas que las que la miseria le habia hecho verter.

Dias de terrible prueba, momentos de angustia indescriptible vinieron para la

madre y el hijo, envueltos en la sombra de aquella injusta sospecha.

¡Quién podrá comprender la pena de aquella mujer honrada, casi rechazada por todos, y señalada doquier con el dedo!

¡Quién tampoco pudiera adivinar los remordimientos de Mauricio, causa de su desgracia y de la desgracia de su madre!

Dios, empero, se compadeció de su situacion.

Los ruegos de la pobre Marta, que sólo pedia al cielo se hiciese pública su inocencia y pudiera verse justificada, fueron oídos, y la verdadera culpable se descubrió por uno de esos decretos inescrutables de la Providencia.

La autora del robo era una criada de Doña Brígida, la misma que se fué de la casa antes que se descubriera.

Para llevarle á cabo se valió de otra miserable como ella, en cuya casa fué depositado el dinero y las alhajas; mas cuando fué á recompensarla por esto, la cómplice halló muy corta la recompensa y exigió mayor cantidad.

La infame ladrona no quiso ceder á esta exigencia, y se alejó de allí llevándose el fruto de su crimen.

Entónces aquella mujer, que no habia tenido reparo en ocultar los objetos robados, juró vengarse, y delató á la culpable, por medio de un anónimo, dirigido al juez municipal.

En aquella carta decia dónde y en poder de quién podrian encontrarse las alhajas y el dinero de Doña Brígida.

La autoridad no desechó aquel aviso, y algunas horas despues de recibirlo, la verdad estaba descubierta, la criminal encerrada en una prision, y Mauricio y su madre, libres de toda sombra de duda, daban gracias á Dios que se habia dignado hacer que brillase su inocencia.

Doña Brígida, que recobró aquellas riquezas que creia perdidas, y que por otra parte tenia miedo á que la robasen segunda vez viviendo sola, hizo que se trasladasen á su casa Mauricio y su madre, y formó desde entónces con ellos una misma familia.

En cuanto al jóven, se curó radicalmente del feo vicio de jurar, y sobre todo de jurar en falso, puesto que este defecto fué causa de sus pesares pasados y pudo serlo de la desgracia de su vida entera.

Santificar las fiestas.

Julio y Félix eran primos: las madres de ambos eran hermanas, y juntos se habían criado, y juntos se hallaban siempre.

Iguales en edad, en posición y circunstancias, sólo había entre ellos una diferencia.

Julio, cuya madre era buena y piadosa, había enseñado á éste desde pequeño á guardar fielmente los preceptos de la Iglesia y la santa ley de Dios.

Félix, por el contrario, era descuidado en extremo para esto. Creía que el oír misa no era preciso en los días festivos, y además pensaba que el no trabajar en ellos era un perjuicio para la hacienda y una rémora para la prosperidad. Sin embargo, los campos de Julio daban siempre mayor fruto, y su caudal tenía más aumento que el de su primo. Esto consistía, sin duda, en que Dios bendecía su fé y premiaba su obediencia.

Un día, cuando ménos lo esperaba, la fortuna llamó á sus puertas; Julio tenía en América un tío por parte de su padre, que era rico en extremo y sin herederos forzosos: este tío acababa de morir nombrándole su heredero universal; pero como hacía muchos años que se hallaba ausente y sin noticias de su familia, había consignado en el testamento que en caso de que Julio hubiese muerto, se repartiese el caudal entre otros dos sobrinos que tenía en el pueblo.

Esta noticia produjo bien diferentes efectos. El jóven bendijo á Dios porque le mandaba aquellos bienes; los otros desheredados, le cobraron un odio profundo, viendo en él el único obstáculo que se oponía á que fueran ricos.

El interés es muy mal consejero; muchos crímenes se cometen por la fatal ambición del dinero, y no fué extraño que los que habían empezado por aborrecer á Julio, desearan su muerte, y deseándola pensasen seriamente en ella.

Hay seres que no tienen conciencia ni temor á Dios, y por desgracia los parientes de Julio pertenecían á ellos.

Con el afán del oro, con el ánsia de que llegasen á sus manos aquellas riquezas, decidieron que Julio dejase de existir.

Buscaban un hombre tan miserable como ellos, y que después de quince años de presidio acababa de llegar al pueblo; le ofrecieron parte en aquella fortuna que un crí-

men podía hacer suya, y éste aceptó, quedando desde entonces la vida de Julio pendiente de las circunstancias.

Pensóse en buscar una ocasión favorable para que el delito pudiera quedar oculto, y averiguando las costumbres de Julio y los sitios donde acostumbraba á ir, decidieron esperarle una mañana al romper el alba, á la salida del pueblo, donde el jóven poseía unas tierras que labraba por sí mismo.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

ENTRETENIMIENTOS

ENIGMAS

Acierta quién puedo ser,
lector, si en ello te empeñas.
Voy á decirte mis señas:
fui mañana y seré ayer.

2.º

En el día que nací
mi padre un golpe me dió,
y tanto más valgo yo
cuanto más envejecí.

3.º

Tú te tienes que querer
porque no hay quien no se quiera;
pues bien, si yo no existiera
tú... no te podrías ver.

CUADRADO DE PALABRAS

• • • •
• • • •
• • • •
• • • •

- 1.ª Lo que me gusta por la mañana;
- 2.ª Lo que á sus hijos pide el Señor;
- 3.ª Una doncella que es africana;
- 4.ª Y una faena de labrador.

(Las soluciones en el número próximo.)

SECCION DE LABORES

DIBUJOS PARA BORDADOS

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 400.

Conclusion del abecedario para bordar con algodon de tres colores, que empezó en la página 252; *Recuerdo* para pañuelo y cenefa para ropa blanca.

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

